



Santiago Echeverri. Santi Volumétrico (2016).

Afiche promocional del festival . Diseño Agencia Chjna (Madrid) . Fotografía Nacho Alegre



VIERNES EN 13 SITGES

Por Rodrigo Martínez Moreno
Corresponsal La Moviola Sitges (Cataluña)
Especial para la Moviola

Vine a darme cuenta de que habíamos entrado en un túnel solo cuando emergimos de este; a mi derecha, *El resplandor* del mar Mediterráneo. El tren salió al mediodía desde la estación Sants de Barcelona, y el recorrido ferroviario de treinta y cinco minutos estaba por terminar. Íbamos pasando por las playas de El Garraf, a continuación: Sitges.

Vine a darme cuenta de que habíamos entrado en un túnel solo cuando emergimos de este; a mi derecha, *El resplandor* del mar Mediterráneo. El tren salió al mediodía desde la estación Sants de Barcelona, y el recorrido ferroviario de treinta y cinco minutos estaba por terminar. Íbamos pasando por las playas de El Garraf, a continuación: Sitges.

La estación de trenes está bien preservada, tiene habilitados dos carriles, una cafetería protuberante como una malformación de Joseph Merrick, y varias bancas para esperar al siguiente vehículo; es idónea para conectar a diario a una localidad de treinta mil habitantes con el resto de la provincia. Pero esta no ha sido una jornada ordinaria. Sumado al peregrinaje anual de obsesos del cine fantástico, ayer jueves se festejó el *Día de la Hispanidad*, que conmemora la gran aventura escorbútica de Cristóbal Colón en 1492. Durante mi breve estancia en la Comunidad, he notado que para muchos locales, el doce de octubre arrastra una corrosiva nostalgia de aquellos siglos en que la Corona española actuó como imperio devorador de hombres y culturas, monarquía que además fue cómplice del caudillo y de sus tribunales militares que *francamente* dejaron bultos de catalanes muertos por los miles. El recuerdo de 1936 se mantiene indeleble en una región donde existen múltiples banderas para identificar diversas posturas dentro del movimiento independentista; basta caminar pocos pasos para encontrar la *Estelada blava* y la *Estelada vermella* decorando con orgullo abundantes balcones. Independientemente de la disonancia cognitiva que implica la fiesta nacional de España en la provincia de Barcelona, la suntuosa Sitges es un bello balneario, famoso en toda Europa por poseer el metro cuadrado más costoso de Catalunya. Vagones abiertos para que un puente festivo se pose sobre la frente de un festival de cine que contiene multitudes. Torniquetes arriba para que una colorida invasión se disuelva en las calles de un

pueblo al que le caben almas pero no cuerpos.

Legiones de pares de zapatos trasegantes se sumaron a las decenas de miles que deambulan desde hace nueve días por las calles costeras decoradas con banderines blancos y negros. Fortuitamente me vi absorbido por un grupo de turistas japoneses uniformados con *baggy jeans*, buzos *oversized* y uno que otro *beanie*, procesión marchante hacia un concierto de Billie Eilish que no va a suceder. Atuendos que maldecirán luego de un par de horas cuando el sol empuje a los vampiros hacia las sombras, y el calor atraiga a los vivos hacia las playas. Habiendo recorrido un par de calles, una prominente pancarta capturó mi atención; a la izquierda, el inconfundible logo del festival; a la derecha, la leyenda: *Mestres de l'art fantastic*. En el interior de una pequeña capilla católica me encontré con un despliegue de caballetes con pinturas meticulosamente colocadas para contrastar con la evidente simbología religiosa; en el centro del altar, una estatua de la virgen María vigilaba una hermosa pieza sobre la criatura de Frankenstein pintada por Manuel Sanjulian. Impresionantes, un par de Moebius colgados sobre las paredes y un conmovedor óleo del Drácula de Francis Ford Coppola pintado por Mariano Pérez Clemente. Una pequeña e inesperada exposición sobre la inevitable naturaleza iconoclasta de la imaginación humana.

Al adentrarme en el centro de la aldea, una visión comenzaba a repetirse: impresiones a gran formato de un par de manos bañadas en sangre, entrelazadas, dándole vida a un ave según la tradición del teatro de sombras; se trataba del afiche oficial de la cincuentaseisava edición del festival. La campaña claramente había estado a cargo de algún Leviatán de la publicidad española, y la retina detrás de la lente, conectada al nervio óptico del célebre fotógrafo Nacho Alegre. A pesar de las imágenes sangrientas, el campanario anunciaba la hora del almuerzo



con desespero, así que me instalé en el restaurante *Bellagio* donde el mesero era un sujeto agradable, irónicamente, con un parecido facsímil a Anthony Perkins. Una vez culminada la franja nutricional, seguí mi camino a través del laberinto de calles; pasados pocos minutos y acompañado por un fuerte aliento a café, llegué al cinema El Retiro. Fui arropado por la oscuridad mientras me hundía en la butaca; inició la proyección de una película mexicana del año 2023.

AFICHE PROMOCIONAL DE LA PELICULA RABIA

Microcrítica: Rabia de Jorge Michel Grau.



La película parte de una premisa bíblica que ha sido la base de tantos relatos: luego de enviudar, una persona decide reiniciar su vida y la de su descendencia en una tierra lejana. En este largometraje, los personajes son un padre y su pequeño hijo que se exilian en una inhóspita localidad del México suburbano, un entorno deprimente que, a pesar de ser visualmente desértico, no se percibe ni tan profundo ni tan rural. Allí los protagonistas son recibidos por un vecindario hostil con el que el niño tiene prohibido interactuar; ni siquiera puede salir de casa. Con el transcurrir de las escenas, Alan comienza a sospechar que su padre, Alberto, es en realidad un degenerado hombre lobo.

El eje argumental es la imaginación infantil, primordialmente la sugestión, los miedos, ansiedades y la paralizante febrilidad que implica experimentar el mundo e intentar encontrarle sentido siendo niño. En *Rabia*, despojan esta experiencia de descubrimiento de su natural belleza, y gradualmente aparece la noción de esquizofrenia, recurso que algunos maestros del horror han sabido convertir en piedra angular de sus obras, pero que en el guión de Jorge Michel Grau parece más una muleta que un pilar. Resulta inevitable pensar en *El espíritu de la colmena* de Víctor Erice y *La caza* de Thomas Vinterberg para recordar ocasiones en que el cine nos ha permitido acercarnos a esa maraña tornasolada que es la mente de un niño.

Por accidente, el director nos ofrece en sacrificio un licántropo post-pandémico cuyo terror no nos asusta y cuyo drama no nos importa, un simulacro audiovisual en torno a una civilización en ruinas donde la carencia de pasiones de sus ciudadanos

termina por reducirlos a seres de papel. Si esta temporada de estrenos fuese una mesa redonda, *Rabia* sería aquel individuo extrovertido que busca patológicamente convertirse en el centro de atención, anhelando ser parte de la discusión a pesar de no tener nada que decir.

Salí un poco *rabioso* del cine, pero fue poco lo que me duró; rápidamente me vi contagiado por el rampante ambiente de fiesta. La frontera entre la playa principal y la playa nudista era invisible, al igual que los trajes de baño de la mayoría de los presentes. En el mercadillo se encontraba todo tipo de memorabilia vintage, camisetas de Videodrome y un retrato de Audrey Hepburn expuesto entre revistas pornográficas de los años setenta. Me rodeó una increíble coreografía de muertos vivientes mientras hacía fila para entrar en una casa del terror convenientemente llamada *Rodatge maleit*, rodaje maldito en castellano, donde una talentosa compañía de teatro recreaba magistralmente una experiencia al estilo *Texas Chainsaw Massacre*. Luego de eso, lo más memorable fue toparme con un enorme confesionario de madera adornado con la marca del demonio, la N de Netflix, mientras unas monjas a sueldo jugaban a la rueda de San Miguel. Cae la noche, y los turistas italianos corren aterrorizados al ver que la pizza hawaiana no es una simple leyenda urbana. El certificado de defunción del noveno día de festival está recién firmado. Mañana, sábado catorce de octubre, será el anticipado eclipse solar anular donde Selene y Helios formarán un masivo “cue dot” en el negativo del cielo americano. A pesar de que la visibilidad de este heraldo cósmico será nula en las retinas catalanas, al proyccionista de Sitges ya le llegó el anuncio de que el rollo de este año tiene las horas contadas.





Arriba: Santiago Echeverri. *Mitzi Rose* (2017).

Derecha: Santiago Echeverri. *Candy Cox* (2017).

